

el culto como misterio de Cristo

• ALFREDO SAENZ, S. J.

Dios tendió la mano al hombre ante todo por medio del Sacramento-Original que es Cristo. Cristo se comunicó con nosotros mediante el Sacramento-Total que es la Iglesia. La Iglesia llega hasta cada uno de los miembros del Señor gracias a los siete sacramentos. Pero todo esto no basta para que el hombre alcance su salvación. Para ello es menester que acepte ser tocado por los sacramentos de la Iglesia. Y así lo hace cuando, mediante el culto, entra en contacto en el seno de la Iglesia, con el cuerpo sacramental de Jesús. Y por Jesús el cristiano penetra en Dios. Tales es el movimiento de sístole y de diástole que caracteriza al modo de redención que Dios eligió para nosotros.

Ese "continuo" divino, que es la sacramentalidad, se convierte en "culto" cuando el hombre se vuelve hacia Dios para reconocer su don.

1. — EL MISTERIO DE CRISTO

a) *Contenido del Misterio de Cristo*

Pero la palabra "misterio" no se refiere tan solo a una enseñanza escondida que Dios decide revelar sino que pretende subrayar ante todo *una acción divina*, el cumplimiento de un designio eterno por una acción que procede de la eternidad, se realiza en el espacio-tiempo y vuelve a sumergirse en la eternidad.

Llamamos por consiguiente "misterio" a todo el proceso salvífico de nuestra redención, comenzando por el decreto eterno de Dios, siguiendo por la Encarnación del Verbo y culminando en la incorporación a Cristo de la humanidad pecadora. Misterio es, pues, sinónimo de "acto salvador de Dios".

El Apóstol, en su carta a los Efesios, enseña que Dios "nos ha hecho conocer el Misterio de su voluntad según el libre designio de su bondad, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: reunir la totalidad en Jesús como jefe de todo lo que hay en la tierra y en el cielo". El Misterio de Cristo "no ha sido manifestado a los hombres en los años anteriores... A mí, el más inferior de to-

dos los santos, se me dio esta gracia: de anunciar en las naciones las riquezas inestimables de Cristo, y de ilustrar a todos los hombres acerca de la dispensación del Misterio que desde todos los siglos había estado en el secreto de Dios". Y en la carta a los Colosenses, San Pablo llama a Cristo: el "Misterio de Dios", "para que conozcan el Misterio de Dios, Christus".

Por "Christus" entendemos la revelación última y definitiva de Dios al mundo. Misterio, sin duda, "escondido" en el seno de la divinidad. Es lo que tratan de expresar los términos "misterio", "arcano", "secreto". Sin embargo, este Misterio ha sido revelado. Un velo se ha levantado. "Después de habernos Dios hablado de muchas maneras... últimamente nos habló por su Hijo". La noción de "Misterio de Cristo" comprende la totalidad de la Persona de Cristo y su obra redentora por la Iglesia. De este modo, como veremos después, la Iglesia se encuentra de alguna manera incluida en el Misterio de Cristo.

Jesucristo, por consiguiente, es simplemente el "misterio" ya que, como explicamos en la primera parte, manifiesta sacramentalmente en su carne humana toda la riqueza de la divinidad. Sus acciones son "misterios" porque en ellas Dios se revela superando absolutamente el alcance de nuestra capacidad intelectual.

b) *Notas del Misterio de Cristo.*

- La obra redentora, que constituye el núcleo del Misterio de Cristo, aparece ante todo como *realizada en el tiempo*. Los griegos juzgaban que Dios y el tiempo eran incompatibles. En su concepto, los mismos sucesos se reproducían eter-

namente. La Historia no dejaba lugar para ningún acontecimiento que fuese en verdad decisivo. Tan solo existían dos órdenes de realidades: las que no comenzaban ni acababan (realidades divinas) y las que comenzaban y acababan (realidades corruptibles). Pero una realidad que tuviera un comienzo y ningún término era un verdadero escándalo para el modo heleno de concebir las cosas. Y sin embargo, nuestra historia de salvación nos muestra que las realidades divinas se han manifestado en la historia. La creación del mundo, la alianza con Abraham, la resurrección de Cristo —hechos históricos— extenderán su influencia hasta el fin de los siglos. Por eso Gregorio de Niza decía que nuestra redención "va de comienzos en comienzos por comienzos que no tienen jamás fin".

- En segundo lugar podemos advertir cómo los hechos salvíficos de Cristo se han realizado "*de una vez por todas*". "Cristo entró una sola vez en el Santuario, habiendo obtenido una eterna redención". "Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los que ha santificado". La redención de Cristo ha producido un cambio verdaderamente cualitativo en el tiempo. La humanidad está sustancialmente salvada.

Si la primera nota del Misterio salvífico pugna con la concepción griega, la segunda es incomprensible a la mentalidad judía. Para el modo de ver las cosas del pueblo elegido, una realidad que una vez fue buena, por ejemplo la circuncisión, nunca podía ser superada. Esto es exacto después de Cristo, pero antes de El la Ley —y toda su economía— era un pedagogo, una muleta que había que arrojar por los aires cuando nuestras piernas se liberaran del peso de

la culpa. El pecado judío es un pecado de anacronismo. Pretender renar el plan de Dios, arrolladoramente orientado hacia Cristo, es oponerse a Dios y al auténtico progreso de la historia de salvación, es rechazar la economía elegida por el Señor. Es poner una valla a Dios.

• La tercera característica del Misterio de Cristo es su *escatologismo*. Es decir que el progreso tiene un término y no es indefinido. Cristo es el fin de la historia. Como atleta pujante ha llegado a la meta trinitaria. Jamás ningún acontecimiento después de El tendrá importancia decisiva. Cristo es la novedad absoluta. En El está dada toda novedad. El acontecimiento fundamental de la salvación está en el centro, no en el término, como lo quieren los evolucionistas, ni en el comienzo, como lo soñaron los griegos.

El Misterio de Cristo pervade todas las etapas de la historia de salud. Aparece en función de Logos divino, preexistiendo a la creación. Luego es Mediador de la creación. Durante la historia sagrada del pueblo judío es el Servidor de Yavé. Y cuando llega la plenitud de los tiempos toma carne de la Virgen María y nace en Belén. Hoy reina como Kyrios en el cielo, sentado a la diestra del Padre. Y finalmente un día vendrá sobre las nubes, como Hijo del hombre, para juzgar a los vivos y a los muertos. Son distintas "funciones" de una misma Persona en sus diversas etapas salvíficas.

En un complejo movimiento de elecciones y sustituciones, Dios protagoniza esta historia de salvación. Primero elige a Adán quien representa al cosmos. Como el pecado del primer hombre arrastra consigo a todo el universo y a la humanidad, Dios elige un pueblo en sustitución del género humano. Este pueblo se hace indigno de la divina elección y

Dios escoge un pequeño resto para hacerlo depositario de la Promesa. Ante un nuevo fracaso, Dios elige a su Hijo Unigénito para que represente al pequeño resto, al pueblo judío, a la humanidad y al cosmos. Es el momento plenario de la historia. Y desde Cristo comienza la recapitulación, la reconquista gradual. La obra salvífica fue una comprensión de lo múltiple a lo uno, hasta llegar a Cristo, el Único. Desde El comienza la expansión que va de la unidad a la pluralidad total.

2. — EL MISTERIO DEL CULTO

La historia santa no ha terminado. El Misterio de Cristo, es cierto, no admite novedad esencial, que no haya sido ya anunciada. Sin embargo, la mano de Dios nos se ha abreviado. Ante nuestros ojos se despliegan "magnanimitades" divinas. Vivimos en plena historia santa. La etapa que corre entre una y otra Parusía tiene por fin hacer extensiva la redención a cada uno de los hombres, edificar el Cuerpo Místico. Estamos en los tiempos de la "misión" universal. San Pablo habla de un "obstáculo" que impide la segunda venida de Kyrios. Lo que retarda su llegada es precisamente la predicación universal.

Habíamos visto cómo Cristo era el fin, el *ésjatos*, es decir el postrero. A pesar de ello, aún queda mucho por hacer. En verdad, Cristo es el "*télos*", es decir, el último, el inaugurador de la definitiva economía redentora, pero no es por ello el "*péras*", esto es, el término de los siglos. Entre Cristo-télos y Cristo-péras, se extiende nuestra historia.

El sacrificio de Cristo ha sido el sacrificio vesperal. Pero la muerte del Redentor no extinguió su sacerdocio. Lo esen-

cial ya ha sido realizado. Toca ahora a la Iglesia hacer fructificar la Sangre de Cristo mediante gestos y palabras.

Los actos salvadores del Señor, lo que llamamos el "Misterio de Cristo", debe concretarse en cada hombre. Y esto se realizará mediante la acción sacramental. Entre las dos Parusías —en la humildad y en la gloria— la Iglesia vive "en sacramento" y "en misterio de culto".

a) Contenido del Misterio del Culto

Odo Casel, a quien seguimos —con algunas reservas— en este capítulo, define el "misterio del culto" como la "*presencia del acto salvador divino bajo el velo de los símbolos*". Mediante la acción cultural se hace presente la redención de Cristo en un caso concreto. No se trata de la mera aplicación de un efecto, resultante de una acción lejana de Cristo, sino de la re-presentación del acto salvífico. Re-presentación objetiva y real, ya que sin "comunidad real" con Cristo muerto en cruz, no podemos ponernos en contacto con la gracia. Y no parece que baste con la recepción del efecto sino que es menester sumergirse en el mismo acto redentor. La Cruz del Señor se hace presente una vez más, y no con una presencia puramente intencional o conmemorativa, sino en forma real y objetiva. Evidentemente, no se trata de un nuevo acto, como si Cristo sufriese de nuevo la Pasión. El acto histórico sucedido en el año 33 en Palestina es irremisiblemente "pretérito" pero sin embargo está de alguna manera presente en el acto cultural.

El acto sacramental y el acto redentor se distinguen, sin duda, en el tiempo, pero se confunden en su significación, ya que el signo es siempre uno con su sig-

nificado, y mientras más es uno con él más se verifica su razón de signo.

Estas son, pues, las "maravillas de Dios" en nuestros tiempos: "Lo que era visible en nuestro redentor ha pasado ahora a nuestros misterios" dice San León Magno. Sin obrar de nuevo, Cristo actualiza permanentemente su Misterio, aunque variando la forma. A través de los símbolos el acto salutífero se aplica efectivamente.

El Misterio de Cristo pasa a ser Misterio de Culto. Cristo dijo que para entrar en el cielo había que renacer por el Espíritu. Este renacimiento no es el efecto de un acto de voluntad humana, ni de una conversión del corazón, sino que es algo ontológico, es decir, un modo de ser del todo nuevo que consiste en participar en la divina naturaleza gracias a la acción del Espíritu Santo. Hasta aquí nos movemos en el reino invisible de la gracia. Pero cuando Cristo agregó que también era preciso "renacer por el agua" apareció la necesidad del "misterio del culto", es decir que ese renacimiento espiritual adquiría una expresión sensible, no facultativa sino absolutamente necesaria. El culto se mueve en el orden de los símbolos, es cierto, pero es indispensable para la regeneración.

b) El Misterio de Cristo y el Misterio de la Iglesia

Dicen los Santos Padres que cuando el soldado hirió con su lanza el costado de Cristo pendiente de la Cruz, de la herida de Jesús nació la Iglesia y con ella los "misterios". Por eso el Evangelio no dice que el soldado "golpeó" el costado sino que lo "abrió", para que pudiésemos entender cómo por esa puerta despejada, brotó nuestra salvación. Esto ex-

plica el cariño que siempre la Iglesia ha mostrado por los misterios cultuales.

El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Iglesia son un único sacrificio. Sobre la Cruz, Cristo histórico ofreció sólo su sacrificio. Ahora, desde la gloria, Cristo místico ofrece su sacrificio en unión con la Iglesia. Hemos subrayado suficientemente, en el capítulo anterior, el carácter de unicidad que revestían todas las acciones salvíficas de Cristo. El sacrificio es único y definitivo. Pero la Iglesia no se contenta con recibirlo de manera pasiva, quiere "hacer" algo. Y precisamente por los "misterios del culto" puede expresar todo su amor y admiración por el gesto divino hasta el fin de los siglos. Porque los elementos que usa para expresar su agradecimiento están extraídos de esta miserable tierra: las palabras que pronuncia pertenecen al vocabulario de los hombres, el pan y el vino son fruto de las cosechas humanas. Así la Iglesia rodea los Misterios con toda la belleza de este mundo y elabora los ritos sacros para poder "frecuentar" los Misterios de Cristo.

El Misterio cultural es el *don nupcial* por excelencia que Cristo eligió para su Esposa. El Misterio realiza los espousales mismos de Cristo con su Iglesia. Cristo comunica la vida a su Esposa y el resultado es una comunión de amor. Sin los Misterios del culto, Cristo sería un sacerdote sin pueblo y no "el Jefe que guía a su pueblo hacia la salud".

Cristo, es cierto, entró en el Santuario una vez para siempre. Pero no hay celebrante, Liturgo, sin comunidad. Y a lo largo de los siglos la Iglesia será esa Comunidad unida al único sacrificio válido.

Misterios del Culto son, pues, las acciones sagradas que "nosotros" realizamos pero que el Señor realiza simultá-

neamente con nosotros. Cristo quiere nuestra cooperación para que hagamos nuestra la Redención en forma libre y amorosa. Sin el culto, el Misterio de Cristo no podría continuarse a través de los siglos y encontrar su plenitud en la recapitulación de todos los fieles.

c) *El Misterio del Culto y el Misterio pascual del Señor*

En los misterios cultuales se re-presenta primariamente la Pasión de Cristo y al mismo tiempo se significa nuestra resurrección con el Señor. San Pablo, en su carta a los Romanos, ofrece el texto-base para una teología de los misterios. "Cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús, lo hemos sido en su muerte. En el bautismo hemos quedado sepultados con El en la muerte... Que si hemos sido inyectados en El por medio de la representación (o semejanza) de su muerte, igualmente lo hemos de ser representando su resurrección, haciéndonos cargo que nuestro hombre viejo fue crucificado junto con El, para que sea destruido el cuerpo del pecado... Si nosotros hemos muerto con Cristo, creemos que viviremos también juntamente con Cristo". Nuestra vida corre sacramentalmente paralela a la de Cristo. Debemos morir "con" porque morimos "en" Cristo. Morimos la muerte de Cristo, participamos de su muerte. Morimos sacramentalmente por la "similitud" (sacramento) de su muerte. Hemos sido crucificados "con" Cristo, hemos muerto "con" Cristo, estamos sepultados "con" Cristo. Esto es propiamente el "misterio cultural". Nuestro Bautismo es la reproducción de su muerte en una imagen, pero la salvación es realmente obrada en nosotros. Cristo ha muerto y por la participación

en la imitación de su pasión obtenemos la salud. Se trata de una comunión "real" en la Pasión de Cristo por la "imitación". En Cristo la Pasión fue real. En nosotros se da una "similitud" pero recibimos la "realidad" y no la "similitud" de la salvación. El Misterio de Cristo se realiza en nosotros mediante símbolos, pero estos símbolos no son simples apariencias. (10)

El Bautismo no es, por lo tanto, una pura imagen de la muerte de Cristo, sino que en él la muerte del Señor está presente de una manera misteriosa, bajo la imagen exterior del sacramento. Escribe San Metodio de Olimpo: "No es posible que alguno participe en el Espíritu Santo y sea incorporado a Cristo sin que antes el Verbo haya descendido a él y sin que se haya dormido en éxtasis, de suerte que él también resucite del sueño".

d) Dimensiones del Misterio del Culto

De esta manera, el signo litúrgico, tan simple a primera vista, contiene dimensiones incalculables. En primer lugar es "signo demostrativo" de las realidades sagradas invisibles que se encuentran presentes: la gracia, Cristo con su pasión, la Iglesia. Es también "signo rememorativo" de las acciones ^Ysalutíferas de Cristo histórico y de todas sus figuras en el Antiguo Testamento. Finalmente es "signo prefigurativo" del culto glorioso en el cielo. Todas estas realidades están de diverso modo presentes. La gloria eterna está realmente incoada como en una semilla. El pasado y el futuro son significados en forma supratemporal, como concentrados en la realidad que se hace presente.

El Bautismo, por ejemplo, es signo "demostrativo" de una transformación in-

trínseca en la muerte de Cristo, y "rememorativo" de todas las purificaciones y sacrificios del Antiguo Testamento. Por eso en la liturgia del Sábado Santo se recuerdan hechos de la Antigua Ley como el paso del Mar Rojo, el diluvio, etc. Todos estos tipos están en cierta manera presentes —al menos en el recuerdo— en cada Bautismo. Es también este sacramento un signo "profético": "Si hemos muerto con Cristo viviremos con El". El Bautismo es ya el comienzo de la vida eterna.

Las mismas tres dimensiones se encuentran aún en los más humildes sacramentales. En una simple genuflexión están en cierto modo presentes todos los actos de culto del Antiguo Testamento, la "Genuflexión" viviente que fue Cristo, y la eterna adoración ante el Cordero. Cuando un sacramental se vale para su efecto de algún objeto, expresa la reintegración inicial y aún imperfecta de este objeto al servicio de Dios, como sucedía antes del pecado original y como sucederá con plenitud en la consumación de la gloria.

De todo lo dicho, se ve cuán abarcante es el Misterio del Culto. Especialmente toda asamblea litúrgica, por ser la Comunidad que está detrás del único Sacerdote, por estar reunida "en nombre del Señor", manifiesta a los ojos de la fe la Iglesia organizada por el Padre en Cristo. "Una cosa se ve y otra cosa se entiende". En la asamblea cultural se hace evidente la presencia siempre actual y vivificante de Cristo entre los hombres, la unidad de los fieles con el Padre por Cristo en el Espíritu Santo, y la unidad de los fieles en un solo Cuerpo. Y finalmente, la asamblea litúrgica evoca el retorno triunfal del Sumo Sacerdote, y el comienzo de la Liturgia eterna del cielo. ♦